





(Madrid)

# ¡Queremos tanto a Soriano!

LUIS SUPÁLVEDA

A las once de la noche quedé al teléfono y me informaron nada porque estaba por salir tarde en casa, en hacer nada, y lo Lucas pensando en Osvaldo Soriano, mi hermano que yada en un hospital de Buenos Aires desahogado, me lo aconsejando por sus palabras de Fernando. Y pensaba también en Juan Gilman, el profesor poeta que me enseñó una misma forma de hacer nada practicada por Soriano en 1972, cuando los dos trabajamos como periodistas para La Opinión, nuestro dirigente por Jacinto Timmerman. Qué idea se puso una misma vagando por la redacción y entregado con una conversación a uno de hacer nada.

—Una mesa, (Toda un momento) —me repitió Soriano en un café de París 27 años más tarde y con divertido orgullo.

De aquel hacer nada salió el movimiento de Peter Samart y José, uno de los otros nombres de la narrativa latinoamericana.

A las once de la noche, hora temprana, los galanes de Osvaldo se decidieron a hacer nada. Había dejado de fumar en 1993, pero no de calificar del talento: tal vez los días se comen en puro Montevideo.

—Al levantarme entre 26 centímetros, y a eso de la medianoche apenas me cabe entre los dedos— me indicó caminando por Buenos Aires en marzo de año pasado.

Avanzábamos por el vestíbulo



Osvaldo Soriano.

hacia la avenida 9 de Julio rumbo al Edificio, pero a que nos había advertido que ya no era el viejo restaurant que conocimos antes del horror, calor y tráfico, pero siguiendo con una misma intención de inventar lo que nos faltaba imaginando y nos dimos una parrafada de parrafos. Hicimos de Antonio Suro, de Santiago Cambes, de Edgar de Pedro, de Miguel Bonasso, de Paco Ignacio Taibo, de Felipe Díaz, de Mempo Giardinelli, de David Charvriat, de decenas de amigos que a una misma hora están repitiendo conmigo (queremos tanto a Osvaldo) con los dedos apretados, con deseo de meterle un pitazo a alguien, con

la brevedad que produce la muerte de un ser tan querido.

Y también, acordándonos en poco, con historias de trabajo pegadas a los labios. Osvaldo recordó a Paco Urondo, a Cenc René Castillo, a Roque Daltos muchos hermanos poetas muertos desde en la noche por la decencia. Desde quería que están otros también repitiendo (queremos tanto a Osvaldo).

Durante los años más duros de la Argentina, libros como *Si hubiera más perros en el cielo* o *Cherubino de invierno* me enseñó con su las letras de los años veintidós, pero fueron los años feos porque con las novelas de la dignidad militante, escritas por un hombre que simpatizó y simpatizó con la decencia como lo los apóstoles de vida.

Nos vamos por pesillitas en un Buenos Aires, una década en Santa Fe con Soriano a la casa de la noche, como hoy que escribo estas líneas, y lo voy luego con su obsequio de poco entre los libros y un ejemplar de *La hora de cenar*, novela de un mismo viaje al pasado, al encuentro con los recuerdos, pero escrito sin el menor asomo de parrafismo.

—¡Buen, Soriano! —saludaban los simpatizantes de periodistas y Osvaldo los respondía con una sonrisa respaldada de silencio.

—¡Jaja sí, Soriano! —le decía los recuerdos de los veintidós y Osvaldo los contestaba con un entusiasmo de locos.

Aquella noche en el taxi, volamos hablando de amigos y luego de otros haciendo para entendernos bien con los personajes de nuestras novelas, conseguimos un libro que a falta de nada consignado en el *Guinness* dejamos caído a Enrique Pinti, a esa noche de humanidad y amor hacer la dejamos de decir esta hora misma.

Nuestro último encuentro tuvo lugar en Santa Fe, durante un festival de los años a él que me invitó. Allí, caminando juntos a casa, hablamos de que se nos estaba empezando a morir los años, y que se estaba con empezar a practicar algunas cosas, además del silencio.

—¡Vale como la legada de poco! —contestó pero sin peso a sus argumentos.

Está claro. Del gran Soriano, había pasado a ser el chico Soriano, tal vez, un momento, se daba en él la misma transmutación sufrida por Oliver Hardy, que poco antes de morir se vio llorar y desahogado por Juan Laurel. Pero dos personajes nos hicieron, escribimos sobre ellos, los quitamos, y estoy seguro de que hoy, donde quieran que estén, los dos, levantando sus nombres de hombre también repitiendo (queremos tanto a Osvaldo).

De él aprendí que tenemos el mejor de los oficios y el único homenaje que puede hacerse a nosotros, Osvaldo, hermano incondicional.

# ¡Queremos tanto a Soriano [artículo] Luis Sépulveda.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Sepúlveda, Luis, 1949-2020

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

¡Queremos tanto a Soriano [artículo] Luis Sépulveda. retr.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile